

doi.org/10.56029/NX2288

Sobre el concepto de mimesis en *Dialéctica de la Ilustración*: El paso de la animalidad a la barbarie

Silvia Valido Martín
ORCID: 0009-0008-8122-0027

Resumen: En *Dialéctica de la Ilustración* el concepto de mimesis aparece en numerosos procesos que se señalan a lo largo del tratado. En el periodo mágico es el primer modo de superar el miedo y desatar la necesidad de dominio del sujeto. Durante la Ilustración se va a promover una represión del impulso para favorecer el uso de la razón de forma libre. El presente escrito pretende localizar qué papel tiene la mimesis dentro de la Ilustración, cómo se da el impulso mimético y qué ocurre cuando no se permite su despliegue. En especial, trataremos de representar las consecuencias de la represión del impulso mimético en el antisemitismo y cómo ha afectado a las sociedades e historia reciente. Así, descubriremos una de las razones por las que el movimiento que pretendía abandonar la animalidad preilustrada deviene igualmente en barbarie.

Palabras clave: teoría crítica; mimesis; antisemitismo; libertad; ilustración.

Abstract: The concept of mimesis in *Dialectic of Enlightenment* appears in numerous processes throughout the work. It is the first method to overcome fear and unleash the necessity of power over nature in the magic period. During the Enlightenment the mimetic impulse is going to be repressed to allow the free use of reason. This article intends to represent the role of mimesis in the Enlightenment, how the mimetic impulse is performed and the consequences of its repression. In particular, we intend to portray the drawbacks of inhibiting mimesis in antisemitism and how it has affected recent history. All in all, we will disclose one of the reasons why the movement intended to abandon animality progresses into barbarity.

Keywords: critical theory; mimesis; antisemitism; freedom; enlightenment.

1 de Goya, Francisco. *El sueño de la razón produce monstruos*. 1797-1799. Aguafuerte y aguatinta. Colección del Museo del Prado, Madrid.

«El sueño de la razón produce monstruos»
Francisco de Goya¹

Introducción

El legado de la Ilustración ha tenido un papel fundamental en la conformación de las sociedades actuales. El belicoso siglo XX yace bajo el yugo de la dialéctica de la subjetividad moderna; podríamos localizar en la lógica de su configuración la génesis de las problemáticas que atravesaron las guerras mundiales. Por ello, el revisar las confluencias de este momento histórico con la lógica ilustrada nos permite establecer un retrato fidedigno de los entramados subyacentes en el sujeto moderno. Con una voluntad parecida, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno estructuraron su obra conjunta *Dialéctica de la Ilustración* cuya intención es entender cómo convergen y conversan mito e Ilustración. A través de esta prerrogativa establecerán las líneas de vinculación de ambas y las consecuencias de establecer como pilar de la sociedad burguesa los valores ilustrados. Este es el marco en el que nos vamos a mover para analizar el papel del concepto de mimesis en la perversión de la modernidad: el antisemitismo.

La mimesis tiene una amplísima historia terminológica que comienza en los autores clásicos. Es principalmente un concepto aplicado al ámbito de la estética que habla sobre la imitación de la naturaleza. Dentro de la obra de Theodor W. Adorno, específicamente en su tratado

dedicado a la estética, se discute ampliamente. Sin embargo, dentro de *Dialéctica de la Ilustración* no nos remite a la estética sino a un rasgo antropológico intrínseco al ser humano. Además, los autores apuntan que, de la evolución, de su posibilidad de expresión, se progresa del mito a la Ilustración. Así, en el periodo moderno hay una represión del impulso mimético que deriva en un florecimiento de la ciencia, pero también en un endurecimiento del sujeto. En esta revisión trataremos de tomar la represión del impulso mimético como un eje de ese enfriamiento que tendrá como cúspide el auge del antisemitismo.

Este artículo pretende ser, pues, una representación de lo que conlleva la represión del impulso mimético en el mundo administrado y su tratamiento principal en la obra de estos autores de la Teoría Crítica. Para tal cometido vamos a establecer una revisión, en primera instancia, de lo que implica el momento mimético en general y, específicamente, en la etapa mágica. Para ello nos valdremos de su descripción en el capítulo «Definición de Ilustración» en *Dialéctica de la Ilustración*. En segundo lugar, investigaremos la posibilidad de encontrar algún resquicio de mimesis en el concepto ilustrado de la libertad. Por último, estudiaremos la represión del impulso mimético, ampliamente necesaria para comprender la creación del sujeto emancipado, como lugar principal en el que se produce la génesis del antisemitismo. Para comprender esto, nos acercaremos a la tesis V del capítulo «Elementos del Antisemitismo» de la misma obra.

1. La mimesis en el capítulo «Definición de Ilustración»

En el primer capítulo de *Dialéctica de la Ilustración* los autores exponen cómo el impulso de dominio del ser humano es la génesis de ambos, mito e ilustración. Se pone de manifiesto cómo la experiencia mítica evidencia una búsqueda de comprensión y ordenación de los elementos naturales. El impulso de autoconservación del sujeto se encontraba en continuo conflicto contra las fuerzas incontrolables e impredecibles de la naturaleza, de aquí que existiera una voluntad continua de organizar los sucesos y crear causalidades. Para el sujeto el conocer que la llegada de la primavera se diera por la inclinación del eje de rotación del planeta o porque Deméter se reuniera con Perséfone no suponía una gran variación para comprender la existencia de un cambio estacional. El relato mítico mitiga de igual modo la necesidad de encontrar un porqué en lo previamente incomprensible. De esta manera, la percepción de la realidad como un continuo presente, que no puede ser asimilado por el sujeto, lo pone siempre en situación de desventaja. La fuerza natural se enseorea sobre él, muestra su majestuosidad y fastuosidad. Así, «el despertar del sujeto se paga con el reconocimiento del poder como principio de todas las relaciones».² Ante esto solo le queda empuñarse y mostrar su sometimiento, entregarse completamente al horror y la inmovilidad que le produce lo no comprensible. Ahora bien, este decaimiento entra en conflicto con su lucha por preservar la vida.

Si tal parálisis se diera ante la persecución de un depredador, el destino final de dicha interacción sería la muerte. Por ello, el sujeto debió aprender a mitigar tal sentimiento, o al menos a postergarlo.³ Aunque en un primer momento el saber mítico puede no parecer un gran aliado a la razón y la dominación de la naturaleza, saber reorganizar este pánico para hacerlo comprensible supondría el primer paso para dejar atrás su papel como presa. El sujeto, al dejar atrás el horror aletargante, se presenta a la contienda con menor desventaja. Para ello se sirve de la mimesis, comprendida en este caso como la equiparación a lo otro, «la tendencia a perderse en el ambiente»,⁴ acto que nos recuerda al mimetismo de Caillois⁵ o al impulso de muerte de Freud.⁶ Este sería el primer momento de la mimesis, podríamos referirnos a este como un estado primigenio o indómito. Sin embargo, esta mimesis primitiva no es de gran ayuda frente al dominio de la naturaleza ya que solo nos postra ante ella. En este caso, el ser humano sigue al servicio de lo externo. Posteriormente, se pasará al periodo mágico en el cual se desarrollarán una serie de rituales en los cuales se valdrán de la mimesis para deshacerse de la condición de inferioridad que estigmatiza a la especie

2 Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W., *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal OC, 2007, 25.

3 Nos encontramos con que este retraso del sentimiento se equivale al aplazamiento de la satisfacción que nos lleva a la revpresión en el psicoanálisis. «Bajo el influjo del instinto de conservación del yo queda sustituido el principio del placer por el principio de la realidad, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamiento a algunas de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer.» Freud, Sigmund., *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Atalaya, 1993275. Sin embargo, aunque esta represión nos es valiosa en el momento que estamos retratando, es importante tener en cuenta que «La pulsión reprimida no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción» *Ibid.*, 310.

4 *Ibid.*, 245

5 «Todas estas expresiones revelan un mismo proceso: la despersonalización por asimilación al espacio, esto es, lo que el mimetismo realiza morfológicamente en ciertas especies animales [...] La asimilación al espacio va acompañada obligatoriamente de una disminución del sentimiento de la personalidad y la vida». Caillois, Roger., *El mito y el hombre*. Buenos Aires: Ediciones Sur, 1939, 139-140.

6 «Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo anorgánico, podremos decir: la meta de toda vida es la muerte. [...] Pero la misteriosa e inexplicable tendencia del organismo a afirmarse en contra del mundo entero desaparece, y solo queda el hecho de que el organismo no quiere morir sino a su manera. [...] De este modo surge la paradoja de que el organismo viviente se rebela enérgicamente contra actuaciones (peligros) que podían ayudarle a alcanzar por un corto camino (por corto circuito, pudiéramos decir) su fin vital: pero esta conducta es lo que caracteriza precisamente a las tendencias puramente pulsionales, diferenciándolas de las tendencias inteligentes.» Freud, Sigmund., *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. ed. cit., 306-307

humana. Para enfrentarse a la naturaleza como un igual, el sujeto debe equipararse a ella, pero no vale cualquier impulso equiparado, sino a uno organizado específicamente. Solo a través del ejercicio de esta mimesis podrá conseguir reprimir ese sobrecogimiento ante lo indómito y hacerlo, de cierta manera, dominable.

Para una práctica óptima del ejercicio mimético se debe entender lo otro como elemento singularizado, es decir, como idéntico consigo mismo, aquello ante lo que uno se equipara en el momento ritual. Tras la Ilustración lo natural deja de ser idéntico consigo mismo para ser idéntico con el signo al que se refiere, con su concepto. De este modo, tiene lugar una pérdida cualitativa que implica una ganancia en conocimiento. Por ello, «el hombre de ciencia conoce las cosas en la medida en las que puede hacerlas. De este modo, el “en sí” se convierte en “para él”».7 Esto no ocurre de la misma manera en la etapa mágica, en la cual había una especificidad supina en el rito dependiendo de a qué cosa se intentaba equiparar. Así, el chamán debía usar distintas danzas o máscaras para los distintos tipos de espíritus a los que se quería enfrentar. «Aunque su oficio es la repetición, aún no se ha proclamado [...] la viva imagen del poder invisible».8 Todavía en los rituales chamánicos existía un respeto por la plurivocidad de la naturaleza. Aun así, en el momento mágico del ritual tiene lugar la capitulación del sobrecogimiento causado por lo natural; este se da tras el momento mimético, en la igualación al sustrato del terror. La compresión, el conocimiento de la cosa temida, sea obtenido de la manera que sea, actúa como bálsamo calmante ante el estremecimiento que causa lo desconocido. Dicha equiparación hace conmensurable lo inconmensurable y empequeñece lo gigantesco. Con la mimesis se controla y se reprime el miedo. La continuada práctica del ejercicio mimético es la antesala del olvido del miedo. De esta manera, «No repito porque reprimo. Reprimo porque repito, olvido porque repito».9

En cierto modo, esta mimesis que se daba en el rito chamánico estaba organizada de cierto modo. No era ya aquel impulso mimético desenfrenado, ocurría con alguna normatividad. De suerte, el ritual mágico estaba controlado, tenía sus reglas y su orden. El imperio de la mimesis en el ser humano se depuso de manera paulatina y aquí nos encontramos con los primeros indicios de la racionalización ilustrada. Esa voluntad de usar lo que se da de manera instintiva con una funcionalidad determinada dejaba ya entrever antaño un poco de esa astucia característica de Odiseo. Aun así, en la magia aún existía cierto respeto por la cosa y su mostrarse, contrario a lo que ocurrirá en la Ilustración. La equiparación que ocurría no denotaba necesariamente solo una situación de poder del ser humano sobre la naturaleza, sino que a la misma vez había un reconocimiento de su *en sí*. Posteriormente, la acción racional impulsó el uso de la ciencia como modo de dominio de la naturaleza. Para que esto ocurriera debía haber una imposición del lenguaje científico y del conocimiento humano sobre el mostrarse de la cosa. De este modo, tras el abandono de la mimesis, pudo al fin el ser humano dejar atrás su humillación ante la naturaleza para enseñorearse sobre ella y negarle su ser. Al contrario que en el momento mimético, en la etapa de la Ilustración lo otro no se enfrenta al sujeto igualado a su sí mismo, a su *en sí*, sino igualado a su concepto. Esta es la victoria de la ciencia y la razón de su dominio sobre lo otro. De este modo, la Ilustración tuvo que deshacerse de la mimesis como forma de dominio sobre la naturaleza por una forma más productiva, no obstante, las consecuencias de esto, como veremos, pervirtieron el espíritu de la Ilustración.

Como hemos visto hasta el momento, el capítulo «Definición de Ilustración» demuestra que en el mito ya había un momento de Ilustración y esto se retrata gracias al impulso de dominio que caracteriza a ambas etapas. Cada una despliega su dominio de forma distinta, la etapa mítica a través de la mimesis y la ilustrada, con la ciencia. La primera permite el mostrarse de lo otro, lo reconoce como idéntico a su *en sí*, sin embargo, la segunda inhibe esta equiparación para equipararlo solo con su concepto. Así, en la ciencia nos enfrentamos a lo otro no de forma específica, sino que cada cosa es un ejemplar de la totalidad conceptual. Por ello, no se identifica a la alteridad como

7 Horkheimer y Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. ed. cit., 25.

8 *Ibid.*, 25

9 Deleuze, Gilles. *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2002, 45.

subjetividad y hay una completa cosificación de lo otro. Se establece, pues, la aséptica relación sujeto-objeto que es la situación perfecta para el enseñoreo del sujeto sobre la cosa. Por esta razón, la ciencia es el modo óptimo para el dominio de la naturaleza; no obstante, esta no podría ser sin que la mimesis se diera en el periodo mítico. El impulso mimético tiene un gran tinte racional ya que es el primer momento en el que se abandona la situación pasiva, *conditio sine qua non* para el posterior desarrollo de la Ilustración.

2. Conciliación de la mimesis con el concepto de libertad

Antes de adentrarnos en la función mimética dentro del antisemitismo como una posible pervisión de la Ilustración, vamos a estudiar el momento dialéctico que existe entre la mimesis y la libertad. Como estandarte principal de la Revolución Francesa, el lema «Libertad, igualdad y fraternidad» representa fielmente los valores principales de la sociedad burguesa ilustrada. El peso de la consumación de la libertad siempre decayó en el deshacerse de los tutores, en alcanzar la mayoría de edad y vivir siguiendo los preceptos del *Sapere Aude*.10 De hecho, desde la filosofía spinozista11 la libertad se identifica con actuar acorde con la razón. En la Ilustración la comprensión de la libertad se acercó más plenamente a la concepción kantiana12 de una *ratio* que la detenta. Este esquema es al que vamos a referirnos cuando exploremos este término. No obstante, no es cuestión de este artículo estudiar las posibilidades de una libertad o de cómo sería su aplicación, sino que solo nos acercaremos a esta con respecto de la cuestión mimética.

Así, que la Ilustración haya sentado sus bases sobre este concepto no es algo arbitrario. Si la libertad se corresponde con el acto racionalizado, el ejercicio de la libertad es el ejercicio de la razón; de cualquier otra forma estaría supeditado a lo externo al sujeto y nunca a su actuación emancipada. De este modo, el ejercicio mimético, al ser una equiparación a algo externo, al ser una adaptación a lo ajeno, queda retratado como un acto no racional y, por lo tanto, no libre. En la mimesis parecería que no hay momento emancipatorio ni algún tipo de autodeterminación del yo. Por el contrario, ya en el apartado anterior vimos la génesis de la mimesis en el sujeto y cómo esta servía para hacer comprensible lo paralizante. Esta herramienta nos serviría para deshacernos del primer momento de la sumisión a la naturaleza. El equipararse, como primera instancia del acto dominante, tal y como ya hemos estudiado, es más que pertinente. En la mimesis nos deshacemos parcialmente del estremecimiento que nos produce la grandiosidad de la naturaleza. Es aquí donde podemos encontrar un momento de conciliación entre la mimesis y la libertad.13 La primera le otorga a la segunda su posibilidad de existir al establecer un punto de desarrollo de la racionalización y capitulación del miedo. De suerte que, «el terror existe porque todavía no hay libertad».14 Por todo esto, la mimesis es una de las condiciones de posibilidad de la libertad.

Aun así, no podríamos categorizar el momento mimético positivamente como un impulsor de la libertad, de hecho, tras este planteamiento se encuentra una posible disolución de alguna teoría de la libertad. Esto es, la razón de ser de lo libre se estructura a través del acto racional; este no podría darse en ningún mundo no civilizado. Tras el contrato social hay una deposición del libre albedrío en favor de una supuesta libertad, en favor de la pérdida del *bellum omnium contra omnes*. Sin embargo, esta acción racional libre necesita del momento mimético, necesita de la asimilación de lo externo, de la organización social; necesita de un escenario que posibilite su existencia. El marco de la Ilustración es el artificio que permite la consumación de un acto de apariencia incondicionado pero que necesita de esa circunstancia para darse. Para que se diera tal libertad se requiere un contexto que asume la supeditación a lo externo y eso supondría condicionar lo que se presupone incondicionado. De este modo, el sujeto no puede darse a sí mismo una acción libre incondicionada tal y como está entendida en la Ilustración. La existencia de un momento mimético anterior en lo libre15 hace que se necesite de la asimilación de lo externo para emprender la acción racio-

10 Kant, Immanuel. «¿Qué es la ilustración?», en *Filosofía de la Historia*, 17-22. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2015

11 Spinoza establecía que solo se podía dar la libertad entendiendo las causas de un suceso y la conexión necesaria entre causa y efecto. «El que trabaja en gobernar sus afecciones y sus apetitos solo por amor de la Libertad, se esfuerza cuanto puede en conocer las virtudes y sus causas y en proporcionarse la plenitud de satisfacción que nace de su conocimiento verdadero, pero de ningún modo en considerar los vicios de lso hombres, rebajar la humana naturaleza y satisfacerse con una falsa apariencia de libertad. El que observase diligentemente esta regla y se ejercitare en seguirla, podrá ciertamente [...] dirigir sus acciones conforme al mandato de la Razón» Spinoza, Baruch.. *Ética demostrada según el orden geométrico*. España: SARPE, 1984, 274

12 Nos referimos en este caso no a la *libertad trascendental* que se discute en la Tercera antinomia de la *Crítica de la razón pura*, sino más bien al sentido de libertad práctico. La entendemos, por lo tanto, como «una facultad capaz de iniciar por sí misma una serie de cosas o estados sucesivos» Kant, Immanuel., *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus, 2016, 409; A448/B476.

13 Tal y como establece Theodor W. Adorno en una de sus lecciones sobre la libertad: «Siempre que aparecen realmente impulsos de libertad, con modos de comportamiento espontáneos, no conducidos por razones, se requiera un momento arcaico, un momento mucho más antiguo que, de momento. Podría denominar impulso y que seguramente, tiene muchísimo que ver con la esencia mimética. Pues el comportamiento mimético no es un comportamiento que se orienta causalmente de acuerdo con momentos objetivos y reconocidos como objetivos, sino una adaptación no arbitraria a alguna cosa extramental que, sin embargo, precisamente a través de esa no arbitrariedad que posee necesariamente un momento de irracionalidad que que, precisamente, le arrebat a la libertad a la teoría de la libertad y [...] que pertenece a la definición de la libertad» Adorno, Theodor W., *Sobre la Teoría de la Historia y de la Libertad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2019, 303

14 Adorno, Theodor W., *Dialéctica Negativa: La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal, 2005, 204.

15 O, en realidad, de cualquier situación previa que condicione la existencia del acto libre.

16 Adorno, Theodor W., *Sobre la Teoría de la Historia y de la Libertad*. ed. cit., 303.

17 Horkheimer y Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. ed. cit., 40.

18 Adorno, Theodor W., *Minima Moralia: Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal, 2004, 64

19 Horkheimer y Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. ed. cit., 196.

20 *Ibid.*, 196.

21 *Ibid.*, 196.

22 *Ibid.*, 28.

nal y, por tanto, la libertad deviene en voluntad. «Solo con el despliegue de la conciencia se torna realmente posible algo así como la libertad, al mismo tiempo a través del despliegue de la conciencia, la propia libertad es obligada a retroceder cada vez más hacia ese momento arcaico-mimético que es esencial a ella».¹⁶ De este modo, la existencia de la libertad queda expuesta a la del impulso mimético, y la posibilidad de ejercerla se debe, no ya al desarrollo de una razón pura, sino a un previo encuentro con la alteridad.

3. El papel de la mimesis en el antisemitismo

El sujeto de la Ilustración, tal y como estudiamos *supra*, debe ejercer un dominio sobre lo natural, eso sí, para que esto tenga lugar también debe reprimir la naturaleza en sí mismo. Al igual que no se permite el mostrarse del objeto, el ser humano debe quedar reducido a la lógica del lenguaje y no ser nada más que lo que lo nombra. Ante esto lo indeterminado, el impulso mimético, queda deslegitimado. El pensamiento se supedita a lo conocido y se elimina cualquier posibilidad de algo distinto, ni siquiera en lo más absolutamente privado, el pensamiento:

El pensamiento se reifica en un proceso automático, espontáneo, compitiendo con la máquina que él mismo produce para que finalmente lo pueda sustituir. La Ilustración ha apartado la exigencia clásica de pensar el pensamiento [...] porque esta exigencia distrae del imperativo de regir la praxis. [...] A pesar de la autolimitación axiomática, este proceso se instaura como necesario y objetivo: transforma el pensamiento en cosa, en instrumento, como el mismo lo denomina. Pero con esta mimesis en la que el pensamiento se acomoda mundo, lo fáctico se ha convertido de tal modo en lo único.¹⁷

En el mundo capitalista e ilustrado los impulsos miméticos son reprimidos en favor del trabajo asalariado. El desarrollo de una conciencia individual emancipada se ha pervertido hasta el punto de generar sujetos completamente mutilados que solo sirven para enriquecer el proceso de producción. Las relaciones de dominación se gestan en el control de la mimesis para favorecer el supuesto acto libre y la acción racional. Así, el impulso mimético arcaico queda conscientemente reprimido en todos sus actos. El estremecimiento previo al acto mimético era el recuerdo de los resquicios de naturaleza en su ser, resquicios los cuales debían ser desechados imperiosamente. El epítome del sujeto ilustrado no debe mostrar ningún rasgo de vitalidad en sí mismo. Por esto, el tiburón de los negocios debe negarse cualquier rescoldo de humanidad a sí mismo, cualquier ápice de mimetismo. Su *ratio* lo caracteriza con una inconfundible frialdad. «Los individuos parece como si llevarsen impreso en su piel un troquel regularmente inspeccionado, como si se diera en ellos un mimetismo con lo inorgánico».¹⁸

En el primer apartado explorábamos cómo se perdía la plurivocidad de la cosa para pasar a «la reunión de lo diverso bajo lo idéntico».¹⁹ Al aplicar esta misma lógica al sujeto, queda encerrado en su deber ser y su ser se convierte en una lacra a esconder. Este deber ser moderno equipara al ser humano con la máquina: lo cosifica y lo endurece. Se remplaza la agresión de la naturaleza, descifrada a través de la ciencia, por la agresión de la sociedad, que enaltece el trabajo asalariado como fin último del ser humano. «La fórmula matemática es, como lo era el rito mágico, una regresión conscientemente manipulada: es la forma más sublimada del mimetismo».²⁰ Y en el reino de la cuantificación, el ser humano queda mermado al cálculo de probabilidades, «las manifestaciones humanas se vuelven controlables y forzadas. De la adaptación a la naturaleza solo queda el endurecimiento frente a ella.»²¹ Su vitalidad queda arruinada por el mimetismo, pero esta vez será un mimetismo con la máquina, un mimetismo con lo muerto. En la búsqueda de pureza se desechó la humanidad; ya no hay nada nuevo bajo el sol.²²

Sin embargo, el renunciar a la principal fuente de educación del sujeto tiene consecuencias. Darse instintivamente al acto mimético es la forma que tiene el ser humano por defecto de enfrentarse al miedo y de comprender lo otro. Así, solamente sería posible una renuncia total a la mimesis con una erradicación de las situaciones que lo causan. Por

el contrario, el contexto que se plantea en las sociedades burguesas es extremadamente hostil, carne de cultivo para el retorno de la animalidad reprimida. No obstante, este retorno acontecerá de una forma predeciblemente amorfa, debido al estigma que esta produce en cualquier sujeto moderno. La regresión de una mimesis deforme concluye en una equiparación del sujeto a las fuerzas dominadoras que originan aquella represión. Por esto, el sujeto que se conforma en los parámetros ilustrados no se alivia de su calvario en la lucha contra lo que lo domina, sino que arremete contra lo que se niega a someterse.²³ Así, nace el odio a lo otro, el anhelo de lo que se carece visto en lo ajeno genera una sensación irrefrenable de destrucción.

Las masas dominadas se identifican solícitas con las fuerzas represivas. Y, en efecto, únicamente al servicio de tales fuerzas pueden ceder a los impulsos miméticos, a su necesidad de expresión. Su reacción frente a la presión es la imitación: un indomable deseo de perseguir.²⁴

En la Tesis V del capítulo «Los elementos del antisemitismo» en *Dialéctica de la Ilustración*, Horkheimer y Adorno nos relatan cómo esta represión mimética resulta en la repulsa contra el judío. El impulso mimético, al no llevarse a cabo, se convierte en una de las raíces del antisemitismo. El desarrollo de este se debe al encuentro con la diferencia que representa todo lo que le ha sido arrebatado al sujeto en el camino de convertirlo en el perfecto ilustrado, es su precio a pagar por la modernidad. «Lo que repugna como extraño es solo demasiado familiar».²⁵ El antisemitismo sería el odio a uno mismo reflejado en el otro. De este modo, ese impulso de exterminio en las sociedades fascistas vendría de la propia repugna de esa cara arrebatada del sujeto. No es extraño que los actos que tuvieron lugar en Auschwitz fueran clasificados como inhumanos, cualquier ápice de humanidad en el sujeto lo aleja de su cometido como ilustrado. Lo que prima en las sociedades capitalistas es la completa negación de naturaleza en el individuo. Esta caricatura de ser humano espiritualmente mutilado es el que sostiene el látigo y apremia el bramido de dolor que retrata la mutilación física del judío. El antisemita, el que odia al otro, solo quiere que todos sufran como él lo hace. Expía su propia impureza, revelada solo de forma privada, castigando al que es públicamente impuro.

De este modo, el antisemitismo no sería una perversión o un malogro de la sociedad burguesa, todo lo contrario. La propia constitución de las subjetividades y el esquema social que impera en el capitalismo tiene como consecuencia necesaria el antisemitismo. El odio a los judíos no resulta de una enajenación del fascismo, sino que proviene precisamente del centro de su configuración. En la ausencia de guerra de todos contra todos, donde se proclama la igualdad, el que representa la inferioridad se coloca una diana en la espalda. Se debe respetar el canon de lo igual, bien igualándonos con las fuerzas represivas, bien eliminando lo subalterno. Con este panorama, el que está en lo más alto de la cadena alimenticia teme más que ninguno ser relegado de su posición, la cual debe reafirmar continuamente. Por ello, «reproducen en sí la insaciabilidad del poder al que temen. [...] La mera existencia del otro es el escándalo».²⁶ No se puede permitir la disidencia porque la modernidad es el imperio de lo igual, por lo que se debe temer a lo distinto; ahora bien, irónicamente el temor es el sustrato principal de toda mimesis. Así, el sistema busca extinguir cualquier forma disidente instando a los que lo conforman al linchamiento de los que viven al margen. «El instinto destructor del fascismo no es más que el despliegue de esa incapacidad para la diferencia».²⁷

Además, la existencia de una represión y no una eliminación del impulso mimético conlleva que este puede volver a brotar a la superficie en cualquier momento. Incluso el sistema tiene preparadas ciertas áreas donde llevarlo a cabo está permitido, precisamente en el momento del odio al otro. «Uno puede entregarse al impulso prohibido solo si no hay duda alguna de que lo hace para destruirlo».²⁸ En este ámbito el uso de la mimesis está más que permitido; no obstante, este momento miméti-

23 El sujeto ilustrado identifica lo subalterno con la naturaleza, por el constante dominio que se ejerce sobre ellos: «En las mujeres, como en los judíos, se percibe que no han dominado desde hace miles de años. Viven, aunque podrían ser quitados de en medio, y su angustia y debilidad, su mayor afinidad con la naturaleza por la incesante presión a que son sometidos, es su elemento vital. [...] Lo que está abajo atrae hacia sí la agresión» *Ibid.*, 124.

24 Horkheimer, Max., *Crítica de la Razón Instrumental*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1973, 107.

25 Horkheimer y Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. ed. cit., 196.

26 *Ibid.*, 198.

27 Zamora, Jose A., y Maiso, Jordi. «Teoría Crítica del antisemitismo». *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n. 4, 2012, 147.

28 Horkheimer y Adorno., *Dialéctica de la Ilustración*. ed. cit., 199.

29 *Ibid.*, 199.

30 Horkheimer, Max., *Crítica de la Razón Instrumental*. ed. cit., 107.

co debe ser llevado a cabo a través de la burla y la sátira. Cuando algo se convierte en burla se lo deslegitima de cualquier seriedad, de cualquier visionado de ello como honrado. «Cuanto más tremendas son las acusaciones y las amenazas, cuanto mayor es la ira, tanto más obligada es la burla. Furia, burla e imitación envenenada son en realidad lo mismo».²⁹ Este acto de burla se puede encontrar fácilmente en los mítines fascistas antisemitas, hecho que ya relataron los autores. El momento álgido de estos era la imitación de los rasgos caricaturizados de los judíos.

El punto culminante de tal mitin se alcanzaba en el instante en que el orador representaba a un judío. Imitaba a aquellos cuya destrucción anhelaba. Tales representaciones provocaban una hilaridad tumultuosa, puesto que un impulso natural prohibido podría descargarse ahí sin miedo de ser amonestado.³⁰

Con todo esto, nos queda claro que la represión del impulso mimético nos lleva a sociedades donde impera la igualdad. Sin embargo, en la Ilustración la realización de esta igualdad no pasa por la protección de la diferencia sino por su eliminación. Esta equiparación de la multiplicidad bajo conceptos como nación, estado o raza aria diluyen la individualidad hasta tal punto que su acción no es más que colectividad. Ese nosotros, disfrazado de yo, conspira contra el enemigo electo: el judío. Con la burla de los elementos estereotípicos del pueblo judío se pasa del terror a la risa y la mimesis vuelve a surtir su efecto. Al igual que en la época mágica, lo inconmensurable se reduce hasta tal punto de hacerlo manejable y, por tanto, dominable. El impulso mimético, pues, tiene un gran papel en el florecimiento del antisemitismo, tanto en lo que genera el reprimirlo, como en su amorfa regresión.

Localizar la importancia de la mimesis y cuál es su papel en los procesos de la Ilustración nos da un punto de vista privilegiado para entender la lógica de las sociedades capitalistas. Esta revisión nos hace comprensible la deshumanización en la que degenera un mundo racionalizado, un mundo vaciado. La represión del impulso mimético y, a su vez, de la animalidad natural en el ser humano corrompe su existencia hasta degradarlo a una nueva animalidad. La única diferencia entre la primigenia y la actual sería la predictibilidad y, por tanto, susceptibilidad de manipulación de la segunda. Los sujetos ilustrados enajenados de su individualidad se condenan a idolatrar un ideal de yo, el cual contiene en sí mismo la sublimación del impulso mimético. Visto de esta manera el antisemitismo solo sería una eventualidad del desarrollo apodíctico de la dialéctica de la Ilustración.

Bibliografía

Adorno, Theodor W., *Minima Moralia: Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal, 2004.
Adorno, Theodor W., *Dialéctica Negativa: La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal, 2005.
Adorno, Theodor W., *Sobre la Teoría de la Historia y de la Libertad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2019.
Caillois, Roger., *El mito y el hombre*. Buenos Aires: Ediciones Sur, 1939.
Deleuze, Gilles. *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2002.
Freud, Sigmund., *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Atalaya, 1993.
Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W., *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal, 2007.
Horkheimer, Max., *Crítica de la Razón Instrumental*. Buenos Aires: Ediciones Sur, 1973.
Kant, Immanuel. «¿Qué es la ilustración?» En *Filosofía de la Historia*, 17-22. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2015.
Kant, Immanuel., *Crítica de la razón pura*. Madrid: Taurus, 2016.
Spinoza, Baruch., *Ética demostrada según el orden geométrico*. España: SARPE, 1984.
Zamora, Jose A., y Maiso, Jordi. «Teoría Crítica del antisemitismo». *Constelaciones. Revista De Teoría Crítica*, n. 4, 2012, 133-177.